



LA IMAGINACIÓN CREADORA

Bernardo Nante

Fragmento de la ficha 20 de primer año de la Formación

La imaginación es la función psíquica que permite desarrollar una mejor y mayor relación con el símbolo. La imaginación creadora es “simbólica”. Es la que nos permite descubrir los símbolos “propios” (aquello que denominamos el “simbolismo que busca”) y re-descubrir el carácter simbólico, viviente, dador de sentido de los símbolos universales (“simbolismo que encontró”).

Pero debemos distinguir primero entre dos modos de la imaginación: por una parte **la imaginación pasiva o reproductiva o representativa o recreadora**; y por la otra, **la imaginación activa, productiva, presentativa, creadora, propiamente “simbólica”¹**. La imaginación pasiva se limita a repetir, a re-producir aquello que “está” o que alguna vez fue percibido. En definitiva, depende de la senso-percepción y de la memoria. Podríamos ampliar este concepto de imaginación, pero en todo caso, basta comprender que la imaginación así entendida es una función que no crea nada nuevo y es dependiente de alguna otra función psíquica. Este modo de la imaginación es de gran valor psíquico pero si nos limitáramos a ella no podríamos crear y, por ende, no podríamos crecer. Cerrarse o limitarse al carácter “pasivo” de la imaginación es, por así decirlo, un rasgo “neurótico”.

La imaginación creadora, por el contrario, es aquella que nos conecta y que recrea. Es, por así decirlo, una expresión de la misma vida psíquica. Un uso inadecuado de este modo de la imaginación puede llevar a un trastorno mental grave; por ello los alquimistas advertían contra toda confusión de la “*imaginatio vera*” con la “fantasía”, como decía el mismo Paracelso: “...esta piedra angular de los locos”.

- **Comprender el secreto de la imaginación creadora es quizás comprender el secreto mismo de la mente y de aquella función que permite relacionar al hombre conscientemente con los más diversos niveles del ser.**

¹ Puede entenderse como dos modos de una misma función o como dos funciones separadas. Nosotros nos inclinamos por la primera posibilidad. Desde este punto de vista, toda imaginación es, en su raíz, creadora. La imaginación pasiva sería un caso particular, una limitación, de la imaginación creadora o activa. Para nuestros propósitos actuales esta distinción no es fundamental.

Por ello, el tema de la imaginación creadora volverá una y otra vez. Debemos, sin embargo, realizar algunas aclaraciones previas. Existen niveles de imaginación creadora, que pueden distinguirse según el “objeto” o el “sujeto”:

1) Según el objeto: en principio, el “objeto” (el “símbolo”) puede referirse más al mundo interno del sujeto o bien al mundo exterior. Aplicado a los sueños, como ya vimos, existen sueños que tienen un fuerte significado “objetivo” (tal el caso de los sueños premonitorios) y que no se limitan a presentarnos cuestiones internas. En rigor en todos los casos la imaginación se refiere tanto al sujeto como al objeto, pero sin duda existen énfasis (piénsese, por ejemplo, en los sueños de los grandes inventores o descubridores).

Podríamos hacer, en este sentido, una triple distinción:

- a) *Aquellos procesos imaginativos que se refieren predominantemente a cuestiones subjetivas (dimensión “psíquica”).*
- b) *Aquellos procesos imaginativos que se refieren predominantemente a cuestiones objetivas y que corresponden al mundo tridimensional (dimensión física o “mundana”).*
- c) *Aquellos procesos imaginativos que se refieren predominantemente a cuestiones objetivas y que corresponden a niveles de realidad trascendentes (dimensión “espiritual”).* Es aquí en donde los hechos inconscientes se abren paso a hechos supraconscientes.

De hecho, toda imaginación creadora posee una dimensión espiritual, pero la misma se torna propiamente espiritual cuando se logra la transmutación de estados interiores en estados exteriores espirituales, en “visiones-acontecimientos” que simbolizan junto a estos estados superiores.

El ejemplo clásico es el de quien ora o medita profundamente evocando determinada forma de lo divino o determinado mediador y esta evocación resulta en algún momento –por lo general inesperadamente– en una verdadera invocación.

Podemos recordar aquí el sugestivo pasaje de *Santa Juana* de G. B. Shaw:

“Juana: Escucho voces que me dicen qué hacer. Vienen de Dios.

Roberto: Vienen de tu imaginación.

Juana: Por supuesto. Así es como los mensajes de Dios llegan a nosotros”.

2) Según el sujeto: el sujeto puede ser más o menos consciente, más o menos pasivo o activo frente a los procesos imaginativos. Por ejemplo, en el sueño común el sujeto es pasivo, apenas registra lo que le ocurre y ni siquiera dirige del todo sus propias acciones. Uno mismo se sorprende de

aquello que hizo durante el sueño o del modo pasivo como actuó. En la imaginación propiamente dicha, por lo general el sujeto es más activo frente al objeto. Veremos en su momento las múltiples variaciones que sufren el sujeto y su grado de consciencia cuando se enfrenta a imágenes simbólicas.

- **La mejor manera de comprender el alcance de la imaginación creadora, es practicándola.** Una de las formas de hacerlo consiste en partir del material onírico y suscitar su desarrollo en vigilia. En otras palabras, el sueño, muchas veces fragmentario e incomprensible se completa y se transforma mediante esta práctica de la imaginación activa (téngase en cuenta que la imaginación activa puede partir de otros “productos” de la imaginación).

Jung formula el concepto de “imaginación activa” –una técnica (o mejor una “práctica”) basada en una función psíquica– hacia 1916, como resultado de una ardua labor que realizó consigo mismo, sobre todo a partir de su separación de Freud unos tres años antes. No obstante, a la luz de algunos textos anteriores, debe quedar claro que el concepto y la práctica se encuentra con variantes en todas las tradiciones espirituales antiguas. Más aún, ellas manifiestan un alcance harto superior al que puede proponerse desde los estrechos márgenes de una psicología empírica contemporánea. Veamos al respecto algunos extractos de la célebre obra de Jung *Psicología y Alquimia*:

“El «Lexicon Alchemiae» de Ruland, que data de 1612, define la «meditatio» [meditación] del modo siguiente: «Se usa la palabra «meditatio» cuando se sostiene con alguien, que es empero invisible, un íntimo coloquio, así como con Dios después de haberlo invocado, o con nosotros mismos, o con el ángel bueno». Este «íntimo coloquio» es algo con lo que el psicólogo está familiarizado, pues constituye una parte esencial de la técnica de discusión con el inconsciente. Pero la definición de Ruland muestra, más allá de toda duda, que cuando los alquimistas hablan de «meditari» no se refieren en modo alguno a la mera reflexión, sino a un coloquio interior, y por tanto a una relación viva con la voz del «otro» que está en nosotros y nos contesta, precisamente pues, del inconsciente. De manera que si el dicho hermético citado más arriba «Y como todas las cosas vienen del uno, en virtud de la meditación del uno» se vale del concepto del meditar, éste ha de entenderse por cierto en el sentido alquímico de un diálogo creador por el cual las cosas que se hallan en un estado potencial inconsciente pasan a un estado manifiesto. (...) A este respecto encontramos una confirmación excelente en el tratado de un alquimista francés de los siglos XVII y XVIII, Nicolás Flamel, que literalmente dice lo siguiente: «Cuántas veces los vi (a los

Sacerdotes Aegyptiorum) conmovidos de alegría a causa de mi comprensión y cómo me besaban del modo más afectuoso porque comprendía con rapidez y exactamente las ambigüedades de una doctrina contradictoria. Cuántas veces dejándose llevar por el placer que les producían mis bellos descubrimientos sobre las figuras de la antigua sabiduría, me mostraban a mis ojos y a mis dedos el vaso hermético, la salamandra, la luna llena y el sol naciente».

Aunque este relato no es una confesión, sino más bien una descripción de la época áurea de la alquimia, ello no obstante, muestra cómo el alquimista imaginaba la estructura psicológica de su «opus». La relación con las potencias invisibles del ánima constituía el verdadero secreto del magisterium. Para expresar este secreto, los antiguos maestros se complacían en emplear la forma de la alegoría (...).

Ahora bien, el Lexicon de Ruland vuelve a ayudarnos a comprender lo que el alquimista entendía por «imaginatio».

En efecto, Ruland dice: «La imaginación es el astro en el hombre, el cuerpo celeste o supraceleste».

Esta sorprendente definición arroja una luz muy especial sobre los procesos de la fantasía ligados al «opus»: en modo alguno debemos imaginar que se trate aquí de esquemas desprovistos de toda sustancia, como solemos considerar las imágenes fantásticas, pues se trata de algo corpóreo, de un «corpus» sutil, de naturaleza semiespiritual. En una época en que aún no existía una psicología del alma empírica tenía que reinar por fuerza semejante concretismo; en efecto, todo lo inconsciente, en la medida en que era activado, se proyectaba en lo material, es decir, que salía al encuentro del hombre desde el exterior. En cierto modo, era un fenómeno híbrido, espiritual-físico; una concretización como suele encontrársela en la psicología de los primitivos. De esta suerte, la «imaginatio» o el imaginar era también una actividad física que quedaba incluida en el circuito de los cambios materiales que determina y por los cuales ella misma es a su vez determinada. De esta manera, el alquimista no solo estaba en relación con el inconsciente, sino además en una relación inmediata con la materia, que él esperaba poder transformar mediante la imaginación. La extraña expresión «astrum» es un término de Paracelso, que en este caso significa aproximadamente «quintaesencia». La «imaginatio» es, pues, un extracto concentrado de las fuerzas vivas tanto corporales como psíquicas. De ahí la exigencia de que el artista tenga una constitución física saludable; en efecto, el trabaja con y mediante su propia quintaesencia y él mismo es, pues, su propia condición experimental imprescindible. Ahora bien, precisamente a causa de la mezcla de lo físico y lo psíquico, continúa siendo oscuro el hecho de si los cambios

definitivos en el proceso alquímico han de buscarse más en el terreno material que en el terreno espiritual. Pero lo cierto es que esta cuestión está mal planteada: en aquella época no existía un sí o no absoluto, sino un reino intermedio entre materia y espíritu: es decir, un reino psíquico de cuerpos sutiles que tenían la propiedad de manifestarse tanto espiritual como materialmente. Sólo considerando las cosas así, los contrasentidos de los razonamientos alquímicos entran en la esfera de lo comprensible. Es evidente que la existencia de este reino intermedio termina de pronto, cuando se intenta examinar la materia en sí misma y por sí misma, prescindiendo de cualquier proyección, y que a su vez el reino intermedio de los cuerpos sutiles permanece como no existente cuando se cree saber algo definitivo sobre la materia y el alma. Pero sí llega un momento en que la física toca un punto «inexplorado e inexplorable» y si al propio tiempo la psicología tiene que reconocer que hay otras formas psíquicas de existencia, independientemente de las conquistas personales de la conciencia, esto es, en un terreno en el cual ella misma choca con una oscuridad impenetrable, entonces ese reino intermedio vuelve a vivificarse de nuevo y lo físico y lo psíquico vuelven a mezclarse en una unidad inseparable. Hoy estamos ya muy cerca de esta situación”².

Puede advertirse que la imaginación así entendida nos ubica en esa dimensión intermedia ente lo corporal y lo espiritual, para decirlo con el sufismo, en aquel “lugar” donde los cuerpos se espiritualizan y los espíritus se corporalizan.

² *Obras Completas*, vol. 12, # 390 ss.